



# HISPANIA NOVA

Revista de Historia Contemporánea

<http://hispanianova.rediris.es>

SEPARATA

Nº 9 - Año 2009

E-mail: [hispanianova@geo.uned.es](mailto:hispanianova@geo.uned.es)

© HISPANIANOVA

ISSN: 1138-7319 - Depósito legal: M-9472-1998

Se podrá disponer libremente de los artículos y otros materiales contenidos en la revista solamente en el caso de que se usen con propósito educativo o científico y siempre y cuando sean citados correctamente. Queda expresamente penado por la ley cualquier aprovechamiento comercial.



■ **Fernando SÁNCHEZ-COSTA, *Los mapas de la memoria. Nombres de calles y políticas de memoria en Barcelona y Madrid.***

#### RESUMEN

Los nombres de las calles de una ciudad no sólo ordenan y racionalizan el espacio urbano. También trazan unas coordenadas simbólicas que enmarcan los imaginarios colectivos y la vida ciudadana. En este artículo, el autor entiende el nomenclátor urbano como un complejo tapiz de memoria, hilvanado y remendado a lo largo de los últimos dos siglos por las élites ciudadanas. El conjunto de nombres de calles de una ciudad constituye un macrotexto peculiar, a través del cual se han difundido diversos discursos identitarios y distintas narrativas históricas.

El autor propone una metodología concreta para el estudio de los nomenclátors españoles y aplica sus principios teóricos y metodológicos al análisis discursivo de la toponimia de Barcelona y Madrid. Su objetivo es determinar las semejanzas y las diferencias de los relatos históricos e identitarios que laten bajo los mapas urbanos de ambas ciudades. En este sentido, el autor indaga también la influencia y la pervivencia en la toponimia actual de las políticas de memoria desarrolladas a lo largo de los últimos 150 años.

**Palabras clave:** Memoria colectiva, Identidad nacional, Espacio público, Nomenclátor, Políticas de memoria, Nombre de calles.

#### ABSTRACT

Street names do not only order and rationalize the urban space. They also draw a set of symbolic coordinates that frame collective imaginary and city life. In this article, the author depicts the street names of a city as a complex tapestry of memory that has been weaved across history by different city groups (specially political elites). These urban place names shape a peculiar macrotext, by means of which several identity discourses and historical narratives are spread and canonized in the public space.

The author suggests a concrete methodology to analyze ideologically street names and applies his theoretical and methodological statements to the case study of Barcelona and Madrid. His aim is to determine the convergences and divergences of the historical narratives that underlie the urban maps of both cities. He seeks to precise as well the features and influence of several policies of memory that have been carried out during the last 150 years.

**Key words** Street names, Collective memory, National Identity, Politics of Memory, Public space.

# **LOS MAPAS DE LA MEMORIA. NOMBRES DE CALLES Y POLÍTICAS DE MEMORIA EN BARCELONA Y MADRID<sup>1</sup>**

**Fernando SÁNCHEZ COSTA**

Universidad Internacional de Catalunya

Facultad de Humanidades

[fersanchezcosta@gmail.com](mailto:fersanchezcosta@gmail.com)

Las calles de nuestras ciudades son mucho más que un espacio para el tráfico. Son ámbitos de vida. Son marcos y registros del complejo devenir ciudadano. En las calles transcurre la historia de la ciudad. Pero más allá, la historia de la ciudad se condensa y se conmemora en sus calles. Un paseo atento por el Eixample<sup>2</sup> barcelonés es una magnífica introducción a la historia medieval catalana. Un recorrido por el ensanche madrileño puede ser un buen repaso del convulso siglo XIX español. Los nombres de estas calles escriben un índice histórico peculiar,<sup>3</sup> cuyo estudio tiene el máximo interés para la comprensión del pasado y de la identidad de la ciudad.

El siguiente artículo puede dividirse en dos partes claramente distinguibles, aunque relacionadas. En la primera, se esboza una reflexión teórica y metodológica alrededor de los nomenclátos urbanos, entendidos como lugares de memoria y vitrinas identitarias. Los nombres de las calles son signos urbanos que hacen presente el pasado y establecen en el espacio público un discurso de memoria que contribuye a forjar los imaginarios históricos e identitarios de los ciudadanos.

En la segunda parte del texto, se aplican estos principios al estudio de dos casos concretos. Se indagan los perfiles de los nomenclátos de Barcelona y Madrid, a fin de esclarecer las narrativas históricas e identitarias que subyacen en los mapas de ambas ciudades. Una vez presentada esta radiografía comparativa de los nombres de las calles en la actualidad, se emprende una prospección histórica sobre la toponimia urbana, con

---

<sup>1</sup> La elaboración de este artículo ha sido posible gracias a la beca de Formación del Profesorado Universitario que el autor recibe del Ministerio de Educación de España.

<sup>2</sup> Utilizaré a menudo la palabra Eixample como nombre propio y distintivo del ensanche barcelonés.

<sup>3</sup> Maoz AZARYAHU, "The Power of Commemorative Street Names", *Environment and Planning D: Society and Space*, 14 (1996), pp. 311-330.

objeto de precisar la naturaleza y la persistencia de las políticas de memoria seguidas a lo largo de los últimos 150 años.

## **1. LA CIUDAD: ESPACIO CULTURAL Y LUGAR DE MEMORIA**

El acostumbramiento urbano nos hace suponer muchas veces que la ciudad es una realidad “natural”. Los elementos ciudadanos aparecen entonces como lógicos y obvios. Sin embargo, una mirada más atenta se percató de que la ciudad es un gran espacio cultural. En la ciudad todo es construido, inventado, acordado por el hombre. Todo ha sido diseñado por la libertad y la creatividad humana. La materia urbana está empapada de intencionalidad y significado. Por ello, la ciudad es un universo semiótico, una constelación de signos creados y significados por el ser humano. Puede ser considerada, por tanto, como un texto peculiar.

“Las piedras, esto es, la materialidad de la ciudad, sus edificios, calles y plazas no tienen solamente una mera faceta funcional (...) la ciudad es siempre también un *texto* legible, una *semiosfera*. Bajo la palabra *texto* no entendemos aquí naturalmente necesariamente un texto verbal. En un sentido (semiótico) más amplio, entendemos por *texto* toda estructura basada en la interrelación de signos portadores de significado y que, por tanto, es legible”<sup>4</sup>.

Además de un ámbito legible, la ciudad es también el espacio público por excelencia. En él se realiza el intercambio social, político y económico. Nuestra idea y ejercicio de la vida política proviene en buena medida de la *polis* griega. Siguiendo la tradición helénica, la ciudad es el lugar de encuentro de los miembros de la comunidad política, donde se intercambian los bienes materiales, se acuerdan los marcos normativos morales y jurídicos, se crea la cultura y se decide el futuro de la nación.

Empujada por la revolución industrial, la ciudad recuperó a lo largo del siglo XIX la función de dirección política y social que había perdido, en parte, durante la Edad Media. Las transformaciones sociales y políticas de la época contemporánea se han gestado en el dinamismo urbano. Las ciudades han tomado la vanguardia y la bandera de la construcción nacional y las capitales se han convertido, no sólo en el centro de la vida política, sino también en el paradigma y la síntesis de la nación (veáanse, por ejemplo, los amplios programas escultóricos conmemorativos que se encuentran en el centro de tantas capitales, en los que se condensa la historia y los valores de la nación).

La ciudad es, por tanto, un ámbito semiótico y un espacio público. Más precisamente, los signos ciudadanos enmarcan el espacio público y vehiculan su desarrollo. La mayor parte de los signos urbanos tienen un carácter meramente práctico-funcional. Pero un número importante de ellos se encuentran, además, revestidos de una significación simbólica. Las élites políticas y otros grupos ciudadanos han envuelto de sentido identitario algunos elementos del espacio urbano y, de este modo, han rotulado la

---

<sup>4</sup> Peter STACHEL, “Stadtpläne als politische Zeichensysteme. Symbolische Einschreibungen in den öffentlichen Raum”, Peter STACHEL y Rudolf JAWORSKI, *Die Besetzung des öffentlichen Raumes. Politische Plätze, Denkmäler und Strassennamen im europäischen Vergleich*, Leipzig, Frank&Time, 2007, p. 17. Trad. autor.

ciudad con un discurso ideológico que, por su identificación con el paisaje cotidiano, se ha convertido en canónico y normal<sup>5</sup>. Las banderas, los emblemas, las estatuas, los edificios institucionales, los nombres de las calles y plazas, etc., son signos habituales que delinear un imaginario identitario ciudadano.

“El espacio físico –aquí en concreto el espacio urbano- es también portador simbólico y expresión de los paradigmas y modelos sociales y culturales, de los elementos de memoria individual y colectiva y, en fin, de la configuración identitaria vinculada a la memoria”.<sup>6</sup>

En efecto, la ciudad es también un lugar de memoria. El crítico cultural austriaco Peter Stachel ha sugerido la distinción entre la *memoria en la arquitectura* y la *memoria por la arquitectura*<sup>7</sup>. La ciudad es un lugar de memoria, en primer lugar, porque toda ella puede ser leída en clave histórica. Aunque no lo pretendan explícitamente, sus elementos matéricos evocan épocas, estilos, hechos pasados (*memoria en la arquitectura*). Hay otros elementos, en cambio, que tienen entre sus objetivos directos el rescate del pasado. La materia arquitectónica es, en este caso, un medio explícito de la memoria pública. Son, por ejemplo, antiguos edificios que se reconstruyen para preservar el pasado, conjuntos escultóricos conmemorativos o nombres de calles (*memoria por la arquitectura*).

## **2. LOS MAPAS URBANOS DE LA MEMORIA**

Para situarnos en el espacio, las personas necesitamos puntos de referencia concretos y significativos con los que marcar el mundo físico. Las calles y sus nombres ejercen este papel, son referencias que permiten ordenar mentalmente la ciudad y orientarse en ella. Sin embargo, además de orientar en el espacio, el nomenclátor urbano posibilita también una orientación simbólica. Es decir, sienta unas coordenadas simbólicas y semánticas que sitúan al ciudadano en un marco ideológico particular.

Al nombrar una calle se produce un “desplazamiento semántico”<sup>8</sup>, se recubre con un significado novedoso un lugar físico que en sí mismo no tiene significación simbólica alguna. Desde el momento en que se impone, por ejemplo, el nombre de un personaje histórico a una vía, el lugar físico queda vinculado a la dicha figura histórica, la refiere y la hace presente. Se ha convertido en un lugar de memoria. De este modo, el espacio urbano, por sí mismo neutro, llega a ser una red de referencias y evocaciones, y gana así profundidad, color e interés.

El sistema toponímico que prima en Europa (simbólico-funcional) no es universal. En Estados Unidos o Japón está ampliamente extendido un sistema meramente funcional y neutro (números y letras). En Europa, en cambio, los nombres de las calles tienen una doble función. Por un lado ordenan y distinguen el espacio urbano, haciéndolo racional y

---

<sup>5</sup> Maoz AZARYAHU, “The Power of Commemorative Street Names...”, op.cit., p. 319.

<sup>6</sup> Peter STACHEL, “Stadtpläne als politische Zeichensysteme...”, op.cit., p. 15. T.A.

<sup>7</sup>Cfr. Ibidem, pp. 18-19.

<sup>8</sup> Maoz AZARYAHU, “The Power of Commemorative Street Names...”, op. cit., p. 321.

práctico, y por otro, sirven como lugares de memoria para honrar a los personajes, evocar los territorios y ensalzar los valores con los que se identifica la ciudad. Por ello, los nombres de estas calles pueden ser considerados como *vitrinas identitarias*<sup>9</sup> en las que se es posible estudiar el universo simbólico-identitario que envuelve a una sociedad.

Podríamos decir que del mismo modo en que el urbanismo de una ciudad –la estructura y disposición de las calles- conforma en los ciudadanos un mapa de referencia espacial y geográfico, también la onomástica urbana traza un *mapa de memoria ciudadana*. El conjunto de nombres de calles de una ciudad teje un *tapiz de memoria histórica en el imaginario colectivo*, establece unas coordenadas y unas referencias memorísticas e identitarias.<sup>10</sup>

El conjunto –aparentemente inconexo y heterogéneo- de los nombres de las calles de una ciudad constituye un *macrotexto peculiar*<sup>11</sup>. Se trata, en efecto, de un macrotexto complejo, pero habitualmente puede distinguirse una cierta coherencia interna, o al menos, pueden apreciarse las distintas narrativas históricas e identitarias que componen su conjunto y su riqueza actual. Evidentemente, el nomenclátor urbano no es una narrativa histórica convencional –no hay conexiones causales ni un claro orden temporal- pero sí que es manifestación de una cierta visión canónica de la historia, de una conciencia histórica que se concreta en la elección de unos nombres y la omisión de otros.

Los nombres de las calles proyectan la conciencia histórica e identitaria de la ciudadanía, con sus simpatías y antipatías, cercanías y lejanías. La proyectan en la doble acepción de la palabra. Por un lado, reflejan y hacen públicos los imaginarios ciudadanos, ya que los nombres de una parte de las calles ha sido decantados por antiguos usos populares o han sido propuestos recientemente por asociaciones vecinales. Por otro lado, el nomenclátor proyecta una determinada narrativa, que empapa y moldea la conciencia histórica e identitaria de la ciudadanía. Es decir, los nombres de las calles reflejan la memoria y la identidad colectiva, pero, más todavía, pretenden establecerla y configurarla.

En este sentido, sin embargo, cabe ser precavidos. Es fácil caer en el error metodológico de confundir los discursos de memoria oficiales con la memoria colectiva.<sup>12</sup> En no pocas ocasiones, un discurso de memoria difundido con un objetivo concreto es leído e interpretado por los receptores de una manera muy distinta a la deseada por el emisor. El nombre de las calles es, quizás, un caso paradigmático del hiato que puede existir entre la pretendida significación original y la interpretación posterior.

A lo largo del siglo XIX, la autoridad política fue ganando progresivamente en España el monopolio sobre la denominación de las calles. Desde entonces, los nombres

---

<sup>9</sup> cfr. Fernando SÁNCHEZ-MARCOS, “En revenant sur les identités et les noms des rues en Espagne. Le cas de Barcelona”, C. ALMAVI, *Une passion d'Histoire. Histoire(s), Mémoire(s) et l'Europe*, Toulouse, 2002, pp. 339-341.

<sup>10</sup> cfr. F. SÁNCHEZ-MARCOS y F. SÁNCHEZ COSTA, “Identities, Memories and Street Names. Historical Memory in the Urban Plan of Barcelona, Lima, and Manila”, VV.AA., *New Orientations in Historiography: Regional History and Global History*, Shanghai, 2009.

<sup>11</sup> Fernando SÁNCHEZ-MARCOS, “En revenant sur les identités et les noms des rues...”, op. cit., p. 341.

<sup>12</sup> Cfr. Wulf KANSTEINER, “Finding Meaning in Memory : a Methodological Critique of Collective Memory Studies”, *History and Theory*, May 2002, pp.179-197.

del callejero se han elegido como lugares de memoria y referentes de la identidad y la axiología cívica. Habitualmente, en el momento en que se instaura el nombre de una calle, este es fácilmente reconocible por los ciudadanos. Entonces, la intención del emisor y la interpretación del receptor suelen asemejarse. Pero con el paso del tiempo, se hace más y más difícil decodificar los signos mnemónicos según su sentido original.<sup>13</sup> La significación primera empieza a erosionarse y se ve superada por nuevas lecturas y usos. Cuando Víctor Balaguer denominó una de las avenidas principales de Barcelona con el nombre de Balmes, la gran mayoría de los ciudadanos ubicaban perfectamente al destacado pensador y eclesiástico catalán. Muchos habían sido sus coetáneos. El nombre les remitía directamente al personaje. Hoy, muchos barceloneses no saben quién fue. Para ellos, Balmes es solamente el nombre de una calle, o quizá una referencia metonímica de la iglesia, el gimnasio o el atasco que caracterizan a la popular avenida. Se ha producido, por tanto, un desgaste y una progresiva neutralización del lugar de memoria.

Por otro lado, la cotidianidad del nomenclátor y de las estatuas conmemorativas acaba diluyendo la atención que justamente pretenden despertar. Su uso habitual y su permanencia provoca que su función práctica opaque a su función simbólica.

“No hay nada en el mundo que sea tan invisible como los monumentos. Sin duda, son levantados para ser vistos, precisamente para despertar la atención: pero al mismo tiempo están impregnados de alguna cosa contra la atención.”<sup>14</sup>

Frente a esta objeción, sin embargo, algunos han argüido que la eficacia del nomenclátor como generador de memoria colectiva reside justamente en su imperceptibilidad y sutileza. Para el historiador israelí Azaryahu, la principal virtud de los nombres de las calles como medio de introducir narrativas históricas en la comunicación social cotidiana reside precisamente en que todo el mundo los utiliza pero nadie se percata de que tienen un significado histórico y pertenecen a la estructura simbólica del poder.<sup>15</sup>

Sea como sea, este artículo no pretende realizar un estudio exhaustivo sobre la relación entre el nomenclátor de Madrid y Barcelona y la conciencia histórica de sus ciudadanos. La extensión y el enfoque del artículo me invitan a dejar de lado la recepción de la onomástica callejera. Voy a centrarme, más bien, en su producción y en su contenido objetivo (haya sido eficaz o no en la configuración de las mentalidades colectivas). Entiendo que el mapa urbano es un macrotexto revelador que condensa las narrativas predominantes en el espacio público y permite estudiar las políticas de memoria oficial y los sucesivos intentos por promover una interpretación canónica de la historia en el espacio ciudadano. Más aún, el estudio del nomenclátor y su historia permite seguir el encuentro y al choque de discursos que constituye el fermento de toda memoria pública.<sup>16</sup>

---

<sup>13</sup> Cfr. Vittoria BOSRÒ y Christoph KANN, *Geschichtsdarstellung. Medien, Methoden, Strategien*, Wien, Böhlau Verlag, 2004, p. 158.

<sup>14</sup> Peter STACHEL, “Stadtpläne als politische Zeichensysteme...”, op. cit., p. 27.

<sup>15</sup> Maoz AZARYAHU, “The Power of Commemorative Street Names...”, op. cit., p. 320.

<sup>16</sup> Cfr. Julio ARÓSTEGUI, “Retos de la memoria y trabajos de la historia”, *Pasado y Memoria. Revista de Historia Contemporánea*, 3 (2004), pp. 15-36. Cfr. También John BODNAR, *Remaking*

### **3. NOMENCLÁTOR Y POLÍTICAS DE MEMORIA**

Sobre la memoria se estabilizan y desestabilizan identidades, se afirman y critican, se cambian o consolidan.<sup>17</sup> Como ha señalado Paul Ricoeur<sup>18</sup>, el ser humano es un ser narrativo. Su identidad se concreta en el desarrollo temporal de su existencia. El hombre se precisa en la historia. Aquí radica la estrecha relación entre memoria e identidad. Para entender su actualidad, el ser humano debe remontarse al pasado, donde encuentra explicación (y por tanto parte del sentido) de su realidad presente. A través del recuerdo narrativo, el sujeto comprende su consistencia y persistencia en el tiempo y, al mismo tiempo, encuentra la explicación de sus características y circunstancias actuales. La conciencia identitaria, por tanto, pende en buena medida del relato histórico que el individuo elabora sobre sí mismo. De alguna forma, somos lo que nos contamos.

También las comunidades procuran delinear los límites de su identidad a través del relato histórico. Las naciones buscan en el pasado la justificación de su existencia y la determinación de los rasgos característicos que la peculiarizan. Toda identidad nacional se encuadra siempre en una narrativa histórica compartida, en una lectura común del pasado. Es lógico, por ello, que las élites sociales procuren difundir una determinada memoria colectiva.

Todo relato histórico distingue entre « nosotros » y « ellos ». Al proponer una cierta lectura de la historia, los dirigentes sociales promueven una noción concreta de la comunidad, de sus límites y sus características (de su identidad). De este modo difunden una conciencia identitaria particular, que se decantará posteriormente en unas actitudes políticas concretas. Una visión compartida de la historia cohesiona decisivamente al grupo.

Durante el siglo XIX y XX, los dirigentes políticos han procurado convertir el mapa urbano en un espacio didáctico de transmisión de una historia cívico-nacional hegemónica. Azaryhu considera que el nombre de las calles forma parte de la “infraestructura simbólica del poder”<sup>19</sup> y que, por ello, el nomenclátor es tan cambiante y vulnerable ante las convulsiones políticas. El estudio de los cambios bruscos que han sufrido los nomenclátos europeos a través del siglo XX, revela las diversas coyunturas políticas que se han ido sucediendo en el continente.

La historia demuestra que la transformación de la toponimia es una prioridad de cualquier régimen político recién establecido. Todo nuevo sistema político propugna un cambio en la identidad ciudadana y nacional y ello exige irremediamente una relectura de la historia del grupo. *Un nuevo futuro requiere un nuevo pasado*. Además, el cambio del nomenclátor es un rotundo acto de propaganda, un modo nítido de transmitir a los ciudadanos que ha cambiado el regidor del espacio público.

---

America. Public Memory, Commemoration and Patriotism in the twentieth Century, Princeton University Press, 1992, pp. 1-20.

<sup>17</sup> Jörn RÜSEN, “Was ist Geschichtskultur? Überlegungen zu einer neuen Art, über Geschichte nachzudenken”, FÜSSMAN, GRÜTTER, y RÜSEN, *Historische Faszination. Geschichtskultur heute*, Köln, Böhlau Verlag, 1994, p. 12.

<sup>18</sup> cfr. Paul RICOEUR, “Life in Quest of Narrative”, D. WOOD, *On Paul Ricoeur. Narrative and Interpretation*, New York, 1991, pp. 20-33.

<sup>19</sup> Maoz AZARYAHU, “The Power of Commemorative Street Names...”, op. cit., p. 315.

“In a revolutionary context, the renaming of streets, in addition to the more spectacular pulling-down of monuments, is an act of political propaganda with immense proclamative value and public resonance. (...) A social transformation, to be truly revolutionary in character, must manifest a creative capacity in its effects on daily life, on language and on space (...) Renaming streets (and other public spaces) has an immediate effect on daily life, on language, and on space”.<sup>20</sup>

El cambio de nombres indica que se ha modificado el marco político, remarca cuáles son sus nuevas autoridades y establece los ejes básicos sobre los que girará la nueva vida social y cultural.<sup>21</sup> De todos modos, los nombres de las calles no sirven sólo como báculo del poder sino que también pueden utilizarse como un acicate subversivo.<sup>22</sup> El rechazo del nuevo nomenclátor (el uso de los nombres antiguos) manifiesta una sutil forma de oposición a la autoridad constituida. Los nombres de las calles –como la colocación o derribo de monumentos- pueden convertirse en catalizadores y escenario de los choques de memorias y conflictos político-identitarios. En realidad, en el debate sobre la representación y escenificación pública de la historia no está en juego una interpretación académica del pasado, sino la definición misma de la nación a través de las figuras que honra y toma como modelo.

#### **4. LOS ESTRATOS EN EL MAPA URBANO DE MEMORIA<sup>23</sup>**

El tapiz de memoria ciudadana que hilvanan los nombres de las calles es sumamente rico y complejo. Como hemos apuntado, las autoridades intentan tejerlo y remendarlo de acuerdo a su narrativa histórica e identitaria. Ahora bien, es necesario decir también que los cambios que introducen nunca son completos ni, muchas veces, mayoritarios. Se suceden los regímenes y cambian los nombres de ciertas avenidas principales. Pero el grueso de vías mantiene su nominación anterior. Un cambio generalizado provocaría una enorme confusión administrativa y un notable enfado y desconcierto ciudadano.

El nuevo poder político suele cambiar el nombre de algunas calles principales y el de aquellas ostentadamente ligadas al régimen pasado. Las otras, las mantiene. Debe contentarse con difundir sus paradigmas histórico-políticos en las vías de nueva apertura. Podemos encontrar, sin dificultad, algunos ejemplos de estos barrios nuevos cuyo nomenclátor responde a una clara política de memoria. En 1992, Barcelona urbanizó un nuevo barrio para los atletas olímpicos. La alcaldía bautizó sistemáticamente sus calles según los nombres de las grandes figuras de las artes y las letras catalanas contemporáneas.<sup>24</sup>

---

<sup>20</sup> Íbidem, p. 317.

<sup>21</sup> Peter STACHEL, “Stadtpläne als politische Zeichensysteme”, op. cit., p. 20.

<sup>22</sup> Cfr. Jan ASSMANN, *Das kulturelle Gedächtnis*, 5ª ed., Múnich, 2005, p. 79.

<sup>23</sup> Epígrafe basado en F. SÁNCHEZ-MARCOS y F. SÁNCHEZ-COSTA, “Identities, Memories, and Street Names in Barcelona, Lima and Manila...”, op. cit.

<sup>24</sup> cfr. Fernando SÁNCHEZ-MARCOS, “En revenant sur les identités et les noms des rues...”, op. cit., pp. 345-346.

El mapa urbano de memoria no es en absoluto un monolito homogéneo y cerrado. Es, más bien, un cuadro pintado a varias manos. Un cuadro de memoria pública en el que podemos distinguir la intervención de varios artistas y pinceles. Cada artista (nuevo poder político) borra las figuras antiguas que se oponen más claramente a su estilo y retoca los trazos más gruesos dejados por sus antecesores. Pero deja la mayor parte del lienzo tal como estaba y lo amplía con libertad en zonas todavía blancas. No es descabellado definir al nomenclátor como un *palimpsesto*. Es decir, como una tabla sobre la que progresivamente se va escribiendo, sin borrar del todo las grafías anteriores.

El mapa urbano de memoria tiene, entonces, diversos *estratos discursivos*. Consta de sucesivas capas imbricadas y confundidas. Analizando el nomenclátor desde una perspectiva histórica, es posible apreciar los diferentes esquemas identitarios y las cambiantes políticas de memoria que han ido conformando la onomástica urbana.

Es conveniente recordar, finalmente, que los poderes públicos no son los únicos responsables de los actuales nombres de calles. Hoy en día, todas las denominaciones son aprobadas por la administración. Pero esto no ha sido así siempre. Todavía en la segunda mitad del siglo XIX, los particulares podían bautizar a su gusto las calles que abrían en los terrenos de su propiedad. En la actualidad, los vecinos pueden sugerir nombres y las comisiones encargadas de la toponimia urbana cuentan entre sus miembros con asociaciones civiles. Es palpable, por tanto, la riqueza del tapiz urbano: lugar de memoria, vitrina identitaria, altavoz del discurso oficial y testigo de la compleja vida política, social y cultural de la ciudad.

## **5. METODOLOGÍA DEL ESTUDIO**

A la hora de analizar el nomenclátor de una ciudad caben dos opciones metodológicas principales. La primera es asumir como corpus de estudio el total de calles. La segunda es basar el análisis en una *muestra reducida y representativa de las calles más importantes*. En este caso he optado por la segunda opción. Los cálculos estadísticos que se presentan a continuación se han realizado sobre un elenco de 216 calles de Barcelona y 236 de Madrid.

Un primer motivo para ceñir el análisis a un número reducido de calles es la manejabilidad y la reducción de tiempo que comporta. Pero esta razón pragmática no es la única causa. Aunque se dispusiera de mucho tiempo y recursos, es probable que siguiera siendo conveniente ceñirse a una muestra reducida de las vías más importantes. Como he argumentado anteriormente, el nomenclátor urbano puede ser leído, en cierto modo, como un discurso (o un conjunto de discursos). Todo discurso consta de una semántica, pero también de una sintaxis -sin la cual la semántica es incomprendible. La semántica del nomenclátor reside en el nombre de las calles. La sintaxis la determina la relevancia y la posición urbana de las vías. Quiero decir con ello que las calles se encuentran jerarquizadas, y este orden debe tenerse en cuenta a la hora de analizar el nomenclátor y de establecer la lógica de su discurso. Para poner un ejemplo madrileño, no sería riguroso otorgar un mismo valor estadístico a la calle Serrano que a la calle de Pechuán. La primera, por su importancia, rotula el imaginario colectivo de todos los madrileños, mientras que la segunda es conocida exclusivamente por los vecinos de un barrio. La

opción de elegir las calles principales se ciñe a la estructura sintáctica del mapa urbano y permite, por tanto, estudiar el esqueleto del nomenclátor.

Para la selección de las calles más relevantes se ha optado por el criterio de vialidad. Es decir, se han elegido las calles más transitadas de Madrid y Barcelona<sup>25</sup>. Es un criterio neutro, que evita arbitrariedades y complicaciones. Su mayor ventaja es que, de un modo objetivo, ofrece un listado de calles principales conocidas. Una segunda ventaja es que ofrece una muestra que abarca toda la ciudad. Su principal desventaja es que las calles del centro histórico suelen quedar relegadas. Pero dado que el principal objetivo de este estudio es analizar las políticas de memoria y los nombres de las calles acordados durante el periodo contemporáneo (momento en que la administración pública incide decisivamente en el nombre de las calles), la omisión metodológica de las calles del casco antiguo no es tanto una obstrucción como una ventaja, ya que sus nombres proceden, en muchos casos, de más antiguo.

Con los nombres de las calles más transitadas de Madrid y Barcelona he elaborado dos tablas de datos<sup>26</sup> donde he examinado cada registro desde distintos parámetros. De este modo, ha sido posible definir cada nombre desde varias categorías analíticas. Los parámetros y las categorías utilizadas para el estudio han sido las siguientes:<sup>27</sup>

1. *Tipo de vía*

2. *Nombre*

3. *Tipología de nombre*

a. Personaje Histórico (PH), Geografía Política (GP), Geografía Física (GF), Valores (V), Instituciones (I), Otros (O).

i. En el caso de los personajes históricos, se ha precisado el tipo: Personaje Histórico Civil (PHC), Personaje Histórico Militar (PHM), Personaje Histórico Político (PHP), Personaje Histórico Eclesiástico (PHE).

4. *Tipología secundaria*<sup>28</sup>

5. *Género:*

a. Hombre, Mujer

---

25 En el caso de Madrid, me he basado en el estudio de *Intensidad Media de Tráfico* (IMD) realizado por el Ayuntamiento de Madrid en 2006. En el caso de Barcelona, he optado por incluir las calles señaladas como arterias principales en la *Red Viaria Básica* definida por el Ayuntamiento (2006).

<sup>26</sup>Las tablas se encuentran disponibles en las páginas web: Barcelona: <http://spreadsheets.google.com/pub?key=pFNk-kxklTmEtrPX2QroXBg&hl=en>; Madrid: <http://spreadsheets.google.com/pub?key=pFNk-kxklTmEsRofhOxRXAA>.

<sup>27</sup> Por falta de espacio, no es posible precisar aquí cómo se define y distingue exactamente cada categoría.

<sup>28</sup> En caso de que un nombre tuviera múltiples significados o un personaje histórico fuera polifacético, se han incorporado los sentidos o aspectos secundarios en esta categoría.

6. *Profundidad temporal:*

- a. Época Antigua (1), Época Medieval (2), Época Moderna (3), Época Contemporánea (4).

7. *Ámbito geográfico:*

- a. Ámbito Comarcal (1a), Ámbito de la Comunidad Autónoma (1), Ámbito Estatal (2), Ámbito Europeo (3), Ámbito Hispano (4), Resto del Mundo (5).

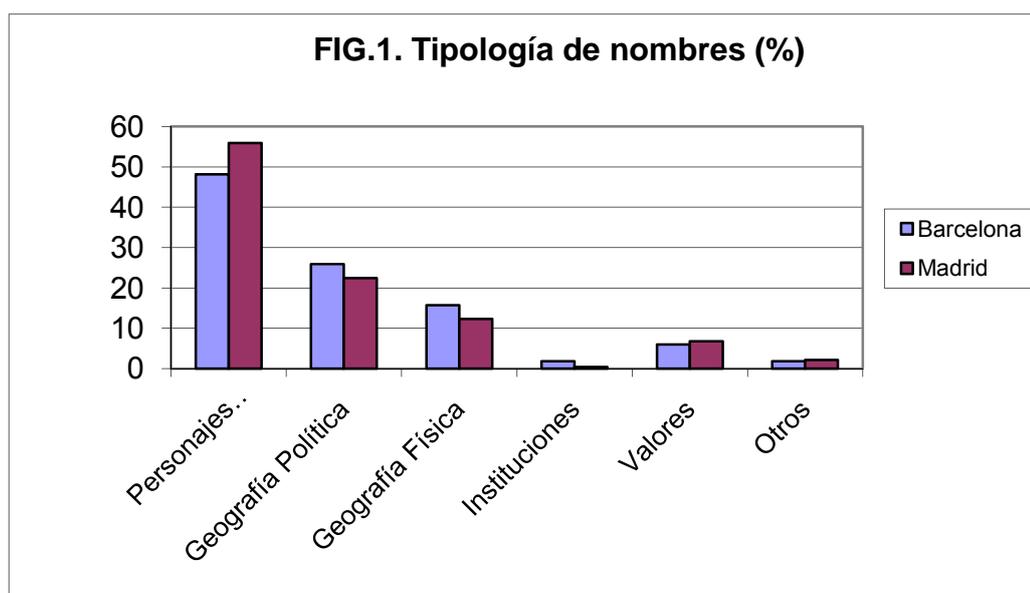
8. *Año de imposición:* Año en que se impuso el nombre por primera vez.

## **7. EL MAPA DE MEMORIA DE BARCELONA Y MADRID EN LA ACTUALIDAD.**

### ***a) Similitud formal***

A continuación me propongo analizar el tapiz de memoria que conforman los nombres de las calles de Barcelona y Madrid. Debo reiterar que los resultados se desprenden del análisis de las 216 vías seleccionadas de la ciudad condal y las 236 de la capital de España. Todas las conclusiones que se expondrán parten del análisis de estos registros. Estos parámetros marcan la validez, pero también los límites del estudio.

El primer aspecto destacable es la alta similitud de la estructura formal (vid. FIG.1) El estudio de los nombres trasluce un mismo esquema mnemónico, es decir, una forma parecida de institucionalizar la memoria a través del nomenclátor. Este hecho no implica, en ningún caso, que Barcelona y Madrid deban tener necesariamente un mismo discurso de memoria. La forma es semejante, pero el contenido puede ser diferente.



Tanto el nomenclátor de Barcelona como el de Madrid otorgan una clarísima preponderancia a los personajes históricos (48% en Barcelona y 55% en Madrid) frente a otras realidades (valores, instituciones, geografía). La narrativa onomástica se sustenta

sobre figuras individuales destacadas por su trayectoria vital y su contribución a la sociedad. Ellas parecen encarnar y simbolizar los valores, los periodos, los acontecimientos, las instituciones y la historia de la comunidad. A pesar de que, durante los últimos decenios, la historiografía y las ciencias sociales han acentuado el carácter estructural de la historia, la memoria ciudadana sigue levantándose sobre los personajes concretos, de carne y hueso.

El porcentaje de calles que ostentan un nombre meramente formal o neutro (números, letras o figuras geométricas) es solamente de un 4% en Barcelona y un 2% en Madrid. Queda claro, por tanto, que las dos ciudades inscriben su sistema toponímico en la tradición simbólico-funcional europea y, dentro de ella, apuestan por convertir los personajes históricos en el eje del discurso onomástico, convertido en un lugar de memoria.

Ello no implica, en cualquier caso, que todo el nomenclátor de Barcelona y Madrid esté copado por los personajes históricos. También ocupa un lugar importante la geografía. Y es que las tramas de la historia no penden en el éter, sino que se encuadran y, a veces, hasta se confunden con los territorios. También los paisajes pintan los trazos de la identidad. Tiene sentido, por tanto, que la geografía impregne también el nomenclátor.

En Madrid, los personajes históricos disfrutaban de un pico más de preeminencia que en Barcelona. La Ciudad Condal, en cambio, dedica algo más de atención a la geografía. En buena medida, ello se explica por las políticas de memoria seguidas a finales del siglo XIX. Mientras Barcelona mostró un interés muy particular por la geografía (de la Antigua Corona de Aragón) al bautizar las calles del Eixample, Madrid prefirió dar a las calles centrales de su Ensanche el nombre de políticos destacados del siglo XIX.

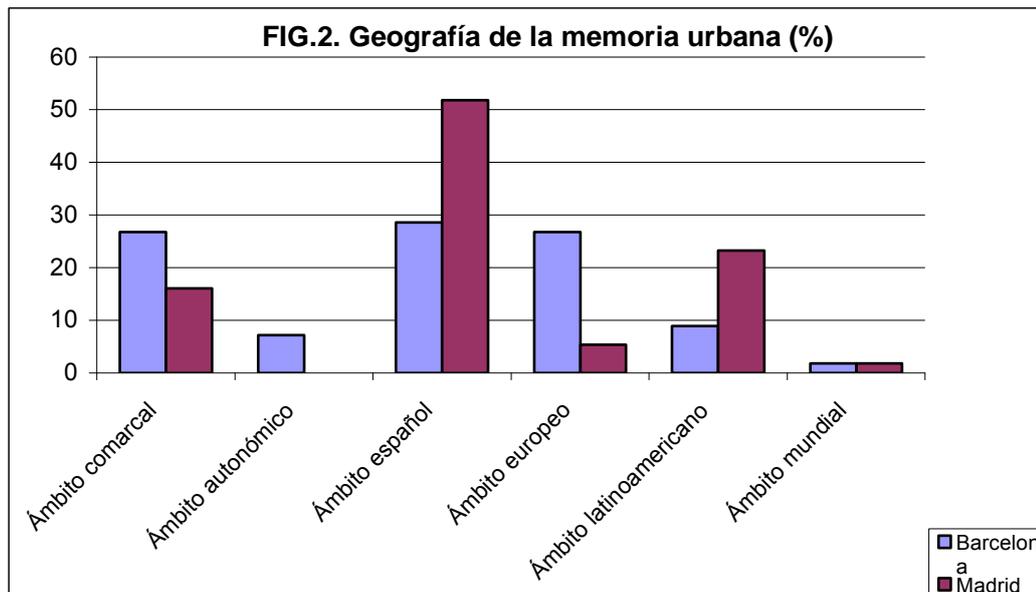
### ***b) Cercanías y lejanías***

La estructura formal del mapa de memoria de Madrid y Barcelona es similar: presencia mayoritaria de personajes históricos, importante encuadre geográfico, peso discreto de los valores y práctica inexistencia de las instituciones. Sin embargo, el contenido de la memoria es sensiblemente diferente. Nos detendremos, en primer lugar, en la geografía de la memoria [FIG.2].

En la ciudad condal, el peso de la memoria localista es alto (27%). A principios del siglo XX, la rápida expansión de Barcelona acabó subsumiendo a diversas poblaciones de sus alrededores, cuyo antigua denominación ha dado nombre a múltiples calles de la ciudad (Avinguda Sarrià, Major de Sant Andreu, Travessera de Gràcia, etc.) De este modo, Barcelona ha querido guardar memoria de estas pequeñas ciudades, ahora barrios con personalidad propia. Sorprende, en cambio, la falta de referencias a otras poblaciones catalanas en las principales calles de la Ciudad Condal (7%).

Madrid tiene también una cierta onomástica comarcal. Sin embargo, la gran mayoría de las referencias geopolíticas del nomenclátor madrileño remiten al resto de España. El marco geográfico de referencia para la memoria de Madrid es España (52%). En bastantes de estos casos, la función ha precedido y determinado el nombre. Desde Madrid nacen carreteras radiales en todas direcciones. Muchas de estas calles-carreteras

portan el nombre de su punto de destino. En cualquier caso, demuestran la vinculación práctica y mental de Madrid con todas las coordenadas del Estado.



En Barcelona, las referencias a lugares, ciudades y comunidades españolas (fuera del ámbito catalán) es también alto (29%). Una parte, fueron propuestas por el cronista Víctor Balaguer durante el siglo XIX. Recuerdan batallas de la guerra de la Independencia y territorios de la Corona de Aragón. Otra parte fueron decididas durante el franquismo. De este modo, tanto la memoria geográfica de Madrid como –en bastante menor medida- la de Barcelona, tienen como marco geográfico primero el territorio español.

El principal constaste en la geografía de la memoria de las dos ciudades reside en las referencias extra-estatales. Fuera de las propias fronteras nacionales, la memoria se proyecta en direcciones divergentes. El imaginario barcelonés se abre hacia el Mediterráneo y Europa, mientras que el imaginario madrileño se gira hacia el Atlántico y América. La historia de Barcelona ha estado siempre amarrada al Mar del Medio. La época de mayor apogeo de la ciudad está surcada por la expansión político-comercial de la Corona de Aragón en el Mediterráneo. Por otro lado, la Barcelona contemporánea se ha presentado siempre como mediterránea, europea y cosmopolita. Las referencias al ámbito euro-mediterráneo alcanzan un 27%. Apartada durante mucho tiempo de la empresa Americana, Barcelona difumina, en cambio, el recuerdo indiano (9%).

En Madrid ocurre todo lo contrario. El periodo de máximo esplendor madrileño se forjó con el oro y la plata de América. América hizo grande a la Monarquía Católica, cuyo corazón era Madrid. Por ello, las referencias a Hispanoamérica significan un 23% mientras que las europeas se limitan al 5%. Es llamativa esta indiferencia europea, sobre todo desde que Madrid es capital de un Estado miembro de la Unión Europea.

Es muy destacable la práctica inexistencia de evocaciones toponímicas de territorios del resto del mundo. Las referencias a Oceanía, África y Asia son inanes. Los paisajes de la memoria urbana parecen haberse quedado anquilosados en el siglo XIX. Sería interesante plantear la adecuación del trazado onomástico a la realidad del siglo XXI (europea y global). La cohesión de la Unión Europea pasa por un primer escalón: la

difusión de una memoria europea. A ello debería contribuir una configuración europeísta del mapa urbano.

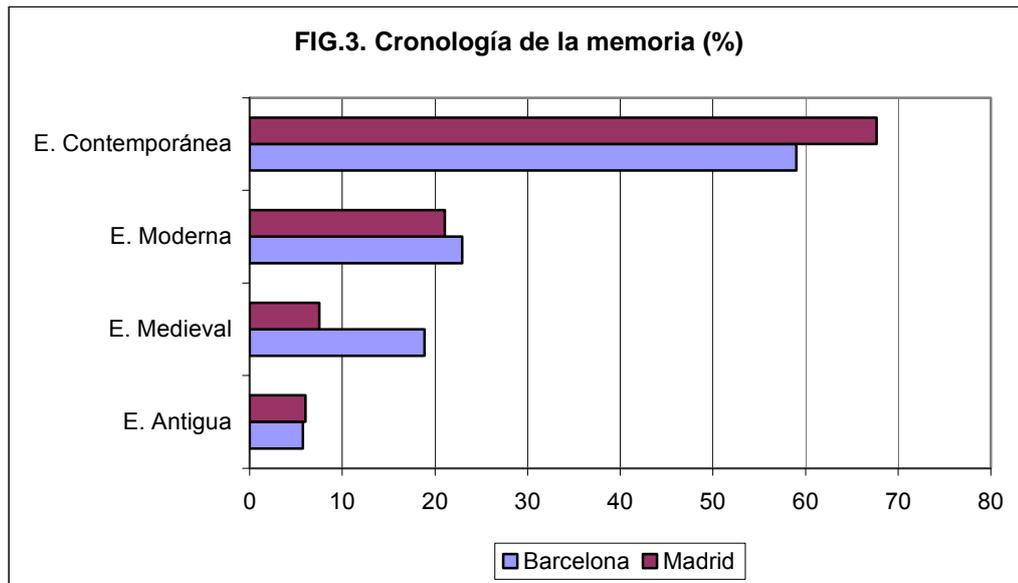
### **c) El tiempo de la memoria**

La memoria no tiene sólo una dimensión geográfica, sino también una profundidad cronológica. La memoria se recrea particularmente en algunos momentos, ya sea por su carga positiva o traumática. Estos dibujan los límites temporales del recuerdo.

Las narrativas toponímicas de Barcelona y Madrid comparten unos horizontes temporales de escasa amplitud [FIG.3]. Se trata de una memoria presentista, que recuerda fundamentalmente acontecimientos y personajes recientes. En Madrid, dos tercios de los nombres que pueden ser situados cronológicamente remiten a la época contemporánea (1808-2008). Un número alto de ellos fueron impuestos a finales del siglo XIX y durante la primera mitad del XX. En su momento, se trató de un discurso de *memoria viva y vivida*. Viva, porque en el momento de su imposición el recuerdo de los actores estaba todavía muy presente en la mente de los ciudadanos. Vivida, porque algunos de los ciudadanos habían participado en los eventos recordados.

En Barcelona, el recuerdo de la época contemporánea es también el principal. Un 59% de las calles se refieren a este periodo. Ni el discurso onomástico de Barcelona ni el de Madrid se anclan primordialmente en tiempos antiguos. No se basan primordialmente en periodos fundacionales, de carácter cuasi-legendario. Antes que conmemorar los héroes de los orígenes remotos, celebran los personajes contemporáneos que han configurado el presente y abierto el futuro de la comunidad. Tras esta generalización, hay que matizar, empero, que la memoria de Madrid es más presentista, mientras que la de Barcelona tiene un cariz más romántico y hunde sus raíces más a menudo en recuerdos fundacionales.

La época antigua despierta en ambos nomenclátos una acusada indiferencia. En Madrid, la memoria de la Antigüedad es principalmente religiosa (mártires cristianos en España). La capital tiene, además, cierta querencia por figuras mitológicas clásicas (Silvano, Eolo y Cibeles). En Barcelona, fundada por los romanos, se evoca la Via Augusta, que pasaba por vera de la ciudad, y la Via Flavia. También se conmemoran los pobladores ibéricos de la región de Barcelona (Laietanos) y la heroica batalla de los numantinos frente a los romanos (Numancia). El nomenclátor de la Ciudad Condal engloba también a los primeros apóstoles y mártires cristianos. Podrían esperarse, sin embargo, más referencias a la ciudad antigua, a algunos de sus obispos o gobernantes destacados.



El vacío temporal más llamativo de la toponimia se produce con respecto a la alta edad media. Los visigodos y los musulmanes están completamente ausentes de las calles principales de Barcelona y Madrid. No parecen ser interlocutores válidos para construir la identidad contemporánea del grupo. Sorprendentemente, en la capital de España, la omisión no se limita a la alta edad media, sino que afecta a todo el periodo medieval. Sólo un 8% de las calles madrileñas evocan este periodo y el recuerdo del mismo se ciñe principalmente a la memoria de santos. En Barcelona, en cambio, la baja edad media despierta un notable interés (19% de los registros). La exaltación de las glorias catalanas medievales fue un eje básico del relato histórico y patriótico de la Renaixença, cuyos principios inspiraron el nomenclátor del Eixample.

En Barcelona también se recuerda la edad moderna (23%). Esta se presenta de un modo ambiguo. Por un lado, el nomenclátor homenajea predominantemente a los líderes catalanes que capitanearon las guerras de los Segadores y de Sucesión. Pero por otro lado, son recordados también reyes y personajes que contribuyeron al dominio español en el orbe (en las armas y en las letras). Puede entretenerse, por tanto, la compleja dualidad latente en el discurso identitario barcelonés. Catalunya se reconoce enfrentándose a Castilla y, al mismo tiempo, ensalza y celebra en sus calles a figuras castellanas notables. La España castellana es, para Barcelona, *el otro*, pero, al mismo tiempo, también es parte del *nosotros*.

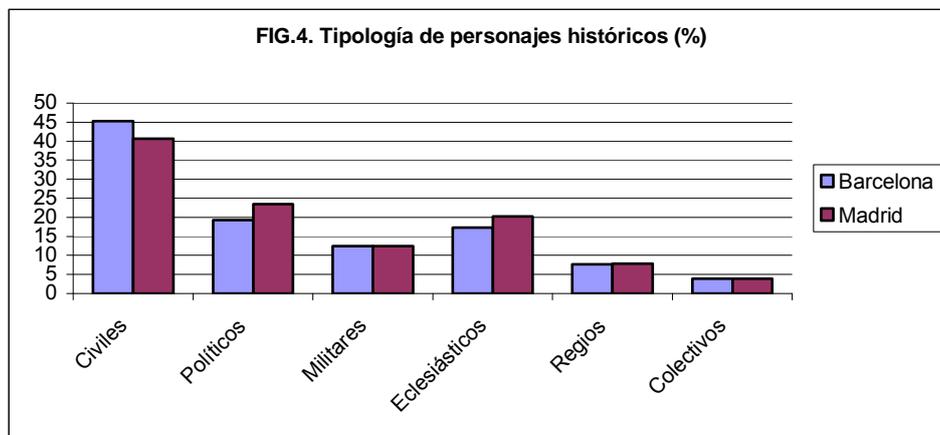
Con la edad moderna, el nomenclátor madrileño sale de la desmemoria histórica. Un 21% de las calles conmemoran este periodo, cuando la Villa se convierte en Corte y entra decisivamente en la historia. La toponimia rememora reyes, eclesiásticos, conquistadores y artistas de la España Moderna. Podemos concluir, por ello, que la memoria de Madrid es más española que castellana, en cuanto que no se remonta al periodo medieval ni ensalza la historia del Reino de Castilla sino que inicia su andadura en la edad moderna y se recrea en la contemporánea (periodos en que España es ya una unidad Monárquica).

**d) Las caras de la historia**

Compararé finalmente los personajes históricos, verdadero almacén de ambos nomenclátors. En primer lugar, es posible destacar otra vez una notable semejanza formal en las tipologías [FIG.4]. Las dos ciudades otorgan una preeminencia clara al recuerdo de las figuras civiles, es decir, de los personajes de las artes, las letras, las ciencias y la economía (45% en Barcelona y 40% en Madrid sobre el total de personajes históricos). Es innegable que este tipo de figuras suelen provocar mayor consenso que los políticos, que representan sólo los valores y proyectos de una parte social.

El segundo grupo lo constituyen los políticos (19% en Barcelona y 22% en Madrid). Muy cerca de ellos, se encuentran los eclesiásticos (17% en Barcelona, 21% en Madrid). El porcentaje de militares, figuras regias y personajes históricos comunitarios tienen valores casi idénticos en las dos ciudades y significan en este orden un 13%, un 8% y un 4%.

Se observa una semejanza formal notable, aunque pueden distinguirse también algunas diferencias en la distribución de los acentos. Para ello, es especialmente útil contrastar los datos que acabamos de aportar con los resultados provenientes del cálculo amplio.<sup>29</sup> El cálculo ampliado de los perfiles de los personajes históricos permite llegar a la conclusión de que Madrid tiene una memoria urbana algo más politizada (lógico, dada su capitalidad política) y que un número importante de los políticos que conmemora fueron, a la vez, destacadas figuras de las letras.



<sup>29</sup> Los datos presentados en el texto corresponden a un cálculo estricto, en el que sólo se asigna una categoría definitoria a cada personaje. El cálculo amplio que se expone a continuación otorga más de una categoría en caso de que el polifacetismo del personaje lo exija.

	<b>Barcelona</b>	<b>Madrid</b>
P.H. Civiles	47,7%	45,6%
P.H. Políticos	24,8%	30,4%
P.H. Eclesiásticos	22%	22,4%
P.H. Militares	12,8%	13,6%
P.H. Regios	7,3%	8%
P.H. Colectivos	4,6%	4%

Detengámonos brevemente en comparar el recuerdo de la sociedad civil en ambas ciudades. A grandes trazos, podría decirse que la memoria civil del nomenclátor madrileño es marcadamente humanista, mientras que en Barcelona (a pesar de que siguen siendo mayoría los humanistas) adquieren más fuerza los personajes del mundo científico, económico y técnico. En cualquier caso, las dos ciudades priman la presencia de literatos y periodistas. Este dato corrobora que la cultura política y civil española se configuró, durante todo el siglo XIX y buena parte del XX, alrededor de la imprenta y de la prensa.

Por otro lado, a principios del siglo XX proliferaron, tanto en Barcelona como en Madrid, los nombres de médicos. La ciencia médica se veía envuelta entonces de un aura casi redentora. Durante la segunda mitad del siglo, en cambio, han medrado los nombres de arquitectos y urbanistas. En general, la memoria civil de Madrid es más visual y artística que la de Barcelona –donde los pintores tienen escasa relevancia. En cambio, en Barcelona se hallan más empresarios y propietarios. La escasa presencia de músicos trasluce el leve interés por este arte que ha caracterizado a nuestra historia cultural.

La memoria de personajes de la Monarquía es discreta. En las dos ciudades gira en torno al 8% de los personajes históricos. Atendiendo a su situación política, este porcentaje parece relativamente bajo en Madrid y alto en Barcelona. Es llamativo que, en sus calles principales, Madrid no celebre a los monarcas que la hicieron conocida y temible. De los Austrias, la capital de España sólo recuerda entre sus calles más transitadas a Carlos V. Los borbones del XVIII tampoco encuentran acomodo, aunque sí lo hacen buena parte de los monarcas del siglo XIX y XX. Quizá la explicación más plausible radica en la voluntad de ruptura que los dirigentes políticos del siglo XIX quisieron marcar con respecto a la historia absolutista de España. En los últimos decenios, el Ayuntamiento madrileño ha promovido la conmemoración de varios monarcas ausentes, pero esta política no ha afectado a las calles principales.<sup>30</sup>

Barcelona guarda memoria de personajes regios de diversas épocas. Así, sus calles evocan a condes y reyes de la época medieval catalana, a algunos de los Austrias y Borbones. La Monarquía es el principal eje de engarce entre el discurso de memoria barcelonés y la estructura política española, ya que las principales calles de la ciudad condal omiten el recuerdo de los dirigentes políticos centrales del siglo XIX y XX.

Puede decirse que el porcentaje de políticos es relativamente bajo en ambas ciudades. En un estudio que realicé hace unos meses, constaté que la presencia de políticos en Lima y Manila, por ejemplo, es significativamente más alta que en Madrid y Barcelona (41% en Lima y 56% en Manila).<sup>31</sup> Estos valores comparativos permiten calibrar mejor el peso relativo de la memoria política en Barcelona (19-25%) y Madrid (22-30%). Seguramente, la conflictividad política e ideológica de nuestra trayectoria contemporánea y sus consecuentes cambios toponímicos han acabado orillando a los políticos.

---

<sup>30</sup> Un importante impulso a la monarquización de la memoria madrileña se produjo en 1993, cuando el Ayuntamiento aprobó los nombres de Carlos II, Carlos III, Carlos IV, Felipe IV, Fernando VII e Isabel II.

<sup>31</sup> Cfr. F. SÁNCHEZ-MARCOS y F. SÁNCHEZ-COSTA, "Identities, Memories, and Street Names...", op. cit.

En el trazado madrileño se recuerdan fundamentalmente a los prohombres de la Restauración y del liberalismo español del siglo XIX. Aquellos que sentaron las bases de la España constitucional. En Barcelona, en cambio, priman los dirigentes catalanes que se enfrentaron a Castilla en las guerras de los Segadores y de Sucesión, así como los líderes políticos del catalanismo del siglo XX (los de la Mancomunitat, la República y la Transición). Lo que une a la mayor parte de los políticos madrileños –por encima de sus discrepancias y disputas ideológicas- es su contribución a una España liberal, constitucional y monárquica. Lo que aúna a los barceloneses –a pesar de sus diferencias de época y clase- es el compromiso con el autogobierno catalán. En la toponimia barcelonesa, tienen también un peso importante los líderes políticos locales.

El mapa de memoria de Barcelona y Madrid incluye un alto número de apóstoles, mártires, santos y personajes de la jerarquía eclesiástica de todas las épocas y procedencias. El discurso memorístico-identitario de ambas ciudades tiene, por tanto, clara estampa católica. El catolicismo enraíza la memoria en la antigüedad y en el medioevo y le da un tono universalista (se conmemoran santos españoles, pero también del resto del mundo).

La presencia militar es similar en Barcelona y Madrid. En la ciudad condal, los militares son sobre todo, expedicionarios medievales y líderes de las guerras de 1640 y 1701. También encontramos generales decisivos en la expansión imperial de la Monarquía Católica y algunos militares progresista del siglo XIX. En Madrid, sobresalen los grandes espadones (generales-políticos) decimonónicos, y se hallan también conquistadores de la época Moderna y militares fusilados por su adhesión al Alzamiento de Franco.

Finalmente, cabe subrayar que los discursos de memoria de ambas ciudades tienen un género claro. Los hombres son sus protagonistas. En Barcelona -a pesar de los esfuerzos recientes del Ayuntamiento por incorporar figuras femeninas- el 95% de los personajes históricos son hombres. En Madrid, el porcentaje se reduce algo, aunque los hombres siguen dominando abrumadoramente la narrativa urbana (85%).

## **8. ESTRATOS EN LA TOPONIMIA DE BARCELONA Y MADRID**

### ***a) Topografía de los mapas de memoria***

Hasta ahora, he radiografiado el contenido de los nomenclátors de Barcelona y Madrid tal como se presentan en la actualidad. En las próximas páginas, aplicaré una tercera dimensión histórica. El cuadro de memoria actual no es una composición reciente, que refleje únicamente los intereses y las políticas de los últimos años. El mapa toponímico urbano tiene una historia larga, compleja y, a veces, convulsa.

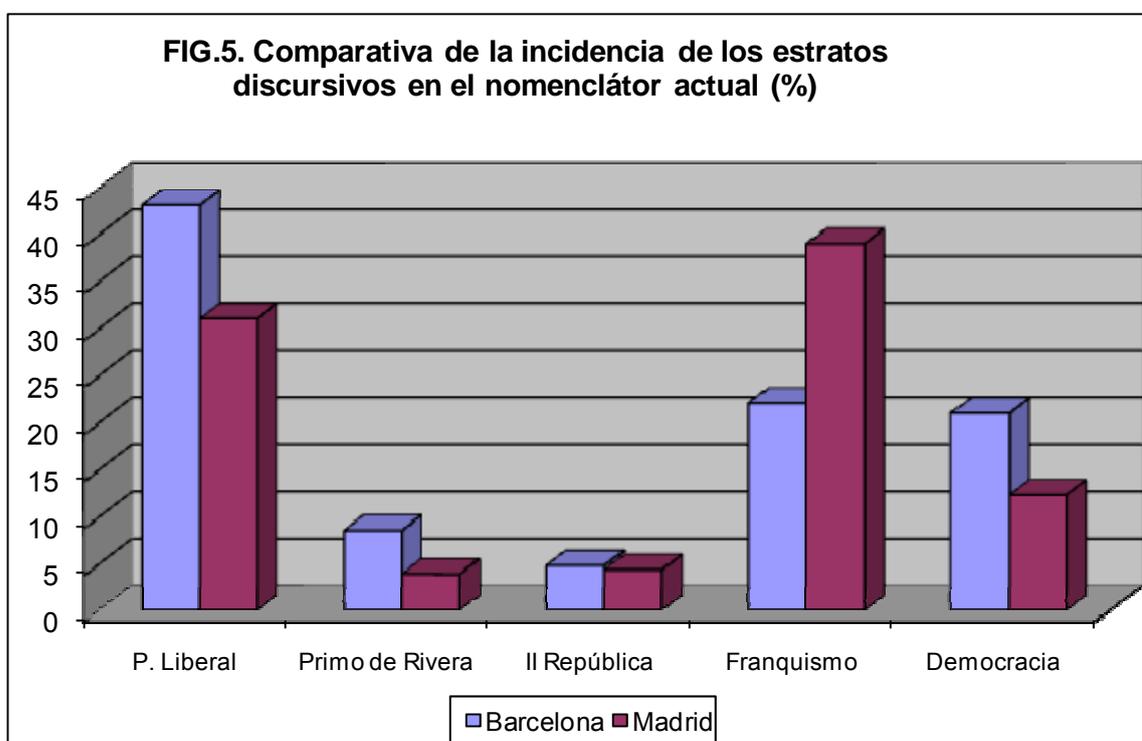
Al disponer del año de imposición del nombres de muchas calles<sup>32</sup>, podemos reconstruir el proceso histórico que ha desembocado en el nomenclátor actual y distinguir los diversos estratos y las distintas políticas de memoria que lo han ido configurado y

---

<sup>32</sup> Para la determinación del año de imposición del nombre de las calles, han sido especialmente útiles dos estudios ampliamente documentados: Luis Miguel APARISI LAPORTA, *Toponimia madrileña. Proceso evolutivo*, Madrid, 2001; Jesús PORTAVELLA ISIDORO, *Diccionari Nomenclàtor de les vies públiques de Barcelona*, Barcelona, 1996.

remendando. Dado el espacio limitado del artículo, deberemos limitarnos a una visión panorámica del conjunto y a una primera topografía de dos periodos relevantes: el “periodo liberal” y la reciente “época democrática”.

La FIG.5 muestra la procedencia temporal de los nombres de las calles y permite calibrar el peso de cada periodo histórico (Periodo Liberal, Dictadura de Primo de Rivera, II República, Dictadura de Franco, Democracia reciente) en el nomenclátor actual.<sup>33</sup> En Barcelona, el periodo Liberal (1860-1923) es el que ha dejado una huella más honda. Un 43% de los nombres de las calles importantes de la Ciudad Condal fueron aprobados durante estos años. En Madrid, el periodo liberal es el segundo en influencia y aporta el 31% de los nombres. Los principales trazos del nomenclátor de la capital se pintaron, en cambio, durante el Franquismo. Un 39% de las principales vías de la ciudad llevan hoy en día un nombre decidido entonces. En Barcelona, el peso del franquismo es del 22%. Lógicamente, ello no significa que todos estos nombres tengan connotaciones falangistas. Si persisten es, en buena medida, porque no se refieren directamente a personajes o valores del Alzamiento.

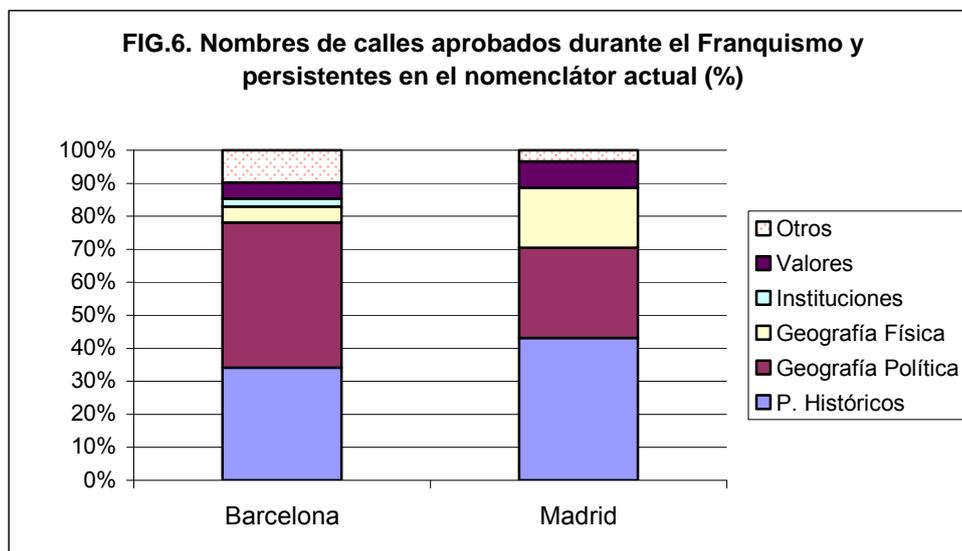


¿Cuál es la razón para que el “periodo liberal” sea tan decisivo en la toponimia barcelonesa y la época franquista lo sea en el nomenclátor de Madrid? Para responder a esta pregunta hay que tener en cuenta, en primer lugar, el proceso urbanístico de las dos ciudades. En 1860, el gobierno central aprobó sendos proyectos de ensanche para Barcelona y Madrid. Constreñida por su posición geográfica, la capital catalana vio como el ensanche ocupaba una parte importante de su potencial espacio de expansión. Durante el franquismo, las dos ciudades crecieron a gran ritmo, pero Madrid pudo ampliarse más que

<sup>33</sup>La única categoría que no se corresponde exactamente con un marco político definido es la bautizada como “periodo Liberal”. En este periodo se engloban principalmente los años de la Restauración, pero incluye también todos los nombres acordados a partir de 1860, año en que se aprueban sendos proyectos de ensanche para Barcelona y Madrid .

Barcelona, dado que el ensanche de la Ciudad Condal había ocupado ya buena parte del espacio urbanizable. Por otro lado, Barcelona cerró todos los nombres de las calles del Eixample en 1863, mientras que en Madrid, los nombres del Ensanche se fueron adoptando progresivamente. El carácter historicista y geográfico (a-político) de los nombres del ensanche barcelonés ha asegurado su pervivencia a lo largo del tiempo.

Además de las razones urbanísticas, hay también unas causas políticas secundarias que pueden explicar la diferencia en la incidencia del estrato franquista. Tras la conquista de la democracia, el Ayuntamiento de Barcelona ha sido más escrupuloso que el madrileño en la retirada de nombres con resonancias azules. Si bien las dos ciudades han suprimido los nombres más ligados a la dictadura (Generalísimo, José Antonio, etc.), el tamiz ha sido más estricto en Barcelona. Los nombres políticos aprobados durante la dictadura han sido prácticamente barridos de la capital catalana (sólo suponen un 7% de los personajes históricos que persisten en el estrato franquista) mientras mantienen una presencia más alta en Madrid (21%: sobre todo, personajes políticos del siglo XIX y políticos locales de la dictadura).



La FIG.6 muestra comparativamente las peculiaridades del estrato franquista en Barcelona y Madrid. Pueden observarse los tipos de nombres decididos durante los años de la dictadura pervivientes en el mapa actual. Lógicamente, no quedan reflejados los nombres que han sido derrocados posteriormente. En ambas ciudades, las políticas onomásticas del Franquismo han dejado un ancho rastro de referencias geográficas. En Barcelona, el 43% de los nombres de este periodo remiten a geografías políticas (países o ciudades). El gobierno municipal de la ciudad condal procuró redefinir el marco geográfico de la memoria urbana acordando nombres de provincias españolas para las calles de los nuevos barrios. Al mismo tiempo, el 80% de las referencias a Latinoamérica que se hallan en las calles de Barcelona y Madrid fueron decididas durante el Franquismo. La memoria americana afirmaba, sin duda, el discurso pan-hispanista y el relato épico de la historia de España postulado por el Régimen. En la capital, la política de memoria del Franquismo ha dejado también una amplia huella católica.

Pero quizá la mayor influencia ideológica del franquismo en los tapices de memoria fue la supresión de la onomástica republicana. Sólo un 5% de las calles barcelonesas y un

4% de las madrileñas conserva un nombre impuesto en la década de 1930. Su pobre persistencia no se debe, en ningún caso, a la indiferencia republicana. Muy al contrario, durante la República se produjo una transformación radical de la toponimia. Esta modificación se jalonó en dos fases. La primera aconteció en los meses primeros de la República. Se suprimieron muchas denominaciones monárquicas y nobiliarias. Las calles tomaron el nombre de valores, héroes y prohombres del nuevo régimen político.<sup>34</sup> Los cambios no fueron exentos de polémica. Un concejal republicano de Madrid llegó a afirmar que el debate sobre la nomenclatura estaba adquiriendo “insospechados caracteres de arduo, pasional y truculento, ocupando largos trechos de la labor municipal, en elevadas discusiones histórico-filosóficas”.<sup>35</sup>

La segunda fase en la remodelación del mapa de memoria se produjo al estallar la Guerra Civil. Tanto en Barcelona como en Madrid, las mutaciones en el nomenclátor reflejaron el ambiente revolucionario. Se purgaron los nombres religiosos e incluso fueron sustituidos ciertos personajes destacados del primer periodo republicano. La calle madrileña de Alcalá Zamora, por ejemplo, fue trocada por la de Revolución Agraria.<sup>36</sup> En todo caso, el Franquismo se ocupó en seguida de suprimir la toponimia republicana. En muchos casos, las autoridades de la dictadura restauraron las denominaciones pre-republicanas.<sup>37</sup>

Los nombres aprobados durante la época de Primo de Rivera tienen un peso claramente superior en Barcelona (9%) que en Madrid (4%). En la década de 1920, la Ciudad Condal creció a mayor ritmo, impulsada por la Exposición Universal de 1929. Si bien en un principio las autoridades de Barcelona mostraron un interés tibio por la toponimia, entre 1927 y 1929 el Ayuntamiento impulsó una de las mayores transformaciones onomásticas de su historia. Los nombres que persisten en el mapa actual de Barcelona procedentes de este periodo tienen un tono monárquico, católico e historicista. Tanto en Barcelona como en Madrid, se trata de una memoria muy centrada en personajes históricos.

---

<sup>34</sup> En Madrid, por ejemplo, la calle Alfonso XII tomaría el nombre de Alcalá Zamora y la de Alfonso XIII sería rebautizada como Karl Marx.

<sup>35</sup> Archivo de la Villa de Madrid. Signatura 27-198-77.

<sup>36</sup> Otros ejemplos en Madrid de los cambios en la toponimia al estallar la guerra civil: la av. Castellana tomó el nombre de Unión Proletaria; la calle Maura recibió el de Milicias Marxistas Unificadas; la calle Ave María se recondujo a Luís Santa María. Cfr. Luis Miguel APARISI LAPORTA, “Instrumentalización política partidista de la toponimia: periodos que se inician en los años 1931, 1939 y 1980”, *Anales del Instituto de Estudios Madrileños*, 38 (1998), pp. 435-473.

<sup>37</sup> El ministro del Interior, Serrano Súñer, firmó en 1938 una normativa general en la que pedía a las autoridades locales “servirse de las calles nuevas o de las afectadas por las supresiones excepcionales” para “honrar la memoria de hombres ilustres o de hechos loables”, recordaba que “sólo en casos de evidente agravio para los principios inspiradores del Movimiento Nacional (...) podrán acordar la supresión de las denominaciones actuales” y exigía a las Comisiones Gestoras abstenerse de “acordar revisiones generales de los nombres de vías y plazas públicas”. La normativa de Serrano Súñer fue sólo parcialmente seguida. El 24 de abril de 1939, el alcalde de Madrid propuso “que se restituyan a las vías públicas los nombres que ostentaban antes del 14 de abril de 1931” y decidió la inmediata sustitución de algunas denominaciones por las de Generalísimo Franco, José Antonio, Calvo Sotelo, General Mola, General Sanjurjo, Eduardo Dato y Conde de Peñalver. Cfr. Luis Miguel APARISI LAPORTA, *El Concejo de Madrid y la Toponimia de la Posguerra*, Madrid, 2001, pp. 10-15.

Los nombres de calles acordados durante los últimos tres decenios de democracia adquieren un papel destacado en el cuadro de memoria de Barcelona (suponen un 21% de las calles principales), mientras tienen un rol más secundario en Madrid (12%). En los próximos párrafos procuraré esclarecer cuáles fueron las políticas de memoria urbana seguidas durante el “periodo liberal” y la reciente “época democrática” e intentaré determinar su pervivencia en el mapa actual de memoria.

### ***b) El periodo liberal***

La lenta instauración de un estado moderno y liberal en la España del siglo XIX fue acompañada de un paulatino proceso de racionalización y organización administrativa del territorio nacional. La estructuración política de la nación y el desarrollo de una economía capitalista exigían una mejor ordenación de la vida pública y una localización precisa de los agentes y las personas que intervenían en ella.<sup>38</sup> Así, a lo largo del siglo, el Estado multiplicó el control administrativo sobre varias facetas de la vida y la actividad nacional. Este proceso de progresiva centralidad del Estado en la vida cotidiana enmarcó una creciente apropiación estatal del espacio público. La administración pública se convirtió en la gestora de los espacios comunes. También de las calles.

Progresivamente, el gobierno municipal asumió la responsabilidad de la denominación y la numeración de las calles. Hasta entonces, la toponimia se habían decantado de forma popular y extra-oficial y se encontraban estrechamente ligada a las realidades que acontecían en las calles (oficios ejercidos, santos venerados, familias habitantes). Pero conforme avanzaba el siglo XIX, la administración pública fue asumiendo el monopolio de la nomenclatura urbana (aunque nunca ejerció un control absoluto). La apropiación administrativa del nomenclátor se debió a dos causas principales.

En primer lugar, la autoridad política pretendía ordenar y racionalizar el espacio urbano para facilitar el control administrativo y promover la actividad económica. Sin un nomenclátor claro y una numeración estable era muy difícil desarrollar un sistema postal eficaz y organizar la actividad económica y política. Tal como concluía una Comisión del Ayuntamiento de Madrid 1934, el desorden en la toponimia acababa ocasionando gran “perjuicio de la economía del tiempo, que es de incalculable precio en las grandes poblaciones para la más fácil expedición de los negocios...”<sup>39</sup>.

Por otro lado, la administración encontró en los nombres de las calles un medio eficaz de rotular el espacio público de acuerdo a los principios del nuevo régimen político y de consolidar en los imaginarios ciudadanos sus valores y referentes. El nomenclátor urbano fue un medio más en la construcción simbólica de la nación, en la promoción de unas “tradiciones inventadas” que basaron la identidad política de los ciudadanos de los regimenes naciescentes.

---

<sup>38</sup> Cfr. R.S. ROSE-REDWOOD, “Indexing the greater ledger of the community: urban house numbering, city directories, and the production of spatial legibility”, *Journal of Historical Geography*, 34 (2008), pp. 286-310.

<sup>39</sup> Cfr. Luis Miguel APARISI LAPORTA, *Toponimia madrileña. Proceso Evolutivo*, vol II, p. 35.

En 1860 se publicó un Real Decreto que regulaba en todo el Estado la nomenclatura urbana. La normativa establecía el castellano como única lengua de la toponimia oficial y otorgaba al gobierno municipal la autoridad sobre la misma:

“De la rotulación de calles, numeración de casas o fachadas principales, y de la anotación de las variaciones sucesivas, cuidará el Alcalde o Regidor que el mismo bajo su responsabilidad delegare al efecto”.<sup>40</sup>

Ese mismo año, 1860, el gobierno central aprobaba una amplia reforma urbanística de Barcelona y Madrid. Los ingenieros Ildefonso Cerdà y Carlos María de Castro diseñaron sendos proyectos de ensanche. La historia de su diseño y realización es sumamente interesante y no estuvo exenta, sobre todo en Barcelona, de encendidas polémicas. En cualquier caso, los ensanches ofrecieron a las autoridades una ocasión irrepetible para escribir ex novo un amplio discurso de memoria sobre el mapa urbano.

En Barcelona, se le encargó a Víctor Balaguer (1824-1901) la propuesta onomástica de todas las calles previstas por Cerdà. Balaguer, bien conocido en los ambientes culturales y políticos barceloneses, era un personaje polifacético, una síntesis del prohombre liberal-romántico del siglo XIX: poeta, periodista, político, historiador. Fue una de las figuras impulsoras de la Renaixença, el movimiento cultural catalán de corte romántico que propugnó una recuperación de la literatura, la lengua, el derecho y la historia de Catalunya. Liberal progresista, Balaguer ostentó diversos cargos políticos y fue varias veces ministro en el gobierno central. El Ayuntamiento de Barcelona le encargó los nombres de las calles del Eixample en calidad de Cronista de la Ciudad.

El Eixample lleva, por tanto, el sello de la Renaixença. Balaguer, que había cantado en sus poesías el pasado glorioso de la Catalunya medieval, vistió la Barcelona moderna de coloraciones historicistas. Él mismo explicaba en una carta la filosofía de su propuesta:

“Ninguna ocasión mejor que la presente para remediar el olvido en que por mala ventura han caído ciertas empresas gloriosas, ciertos nombres célebres, que lo han sido, y serán siempre para gloria de Catalunya. (...) bautizar las calles que se van a abrir con nombres que recuerden algunos de los grandes hechos de valor, de nobleza, de virtud, de abnegación y patriotismo que por cierto abundan en nuestra historia y puedan presentarse como ejemplo y como modelo a generaciones posteriores”.<sup>41</sup>

El Ayuntamiento forzó pequeñas modificaciones en la propuesta de Balaguer –a fin de introducir algunas referencias al resto de España. Pero el Eixample conserva nítidamente la firma de su prolífico autor. El mapa del ensanche se convirtió así en un libro abierto sobre la historia de Catalunya. Un libro dividido en cuatro capítulos fundamentales. El primero lo conforman las calles con nombre de antiguos territorios de la Corona de Aragón, tanto peninsulares como mediterráneos. El segundo está formado por personajes destacados de la cultura catalana en la época Medieval y Moderna. El tercer conjunto está ligado por nombres de figuras destacadas de la vida política y cultural catalana del siglo

---

<sup>40</sup> Cfr. APARISI LAPORTA, Luis Miguel, *Toponimia madrileña...*, op. cit., vol II, p. 37.

<sup>41</sup> Carta transcrita en Stéphane MICHONNEAU, *Barcelona: memòria i identitat. Monuments, commemoracions i mites*. Barcelona, Eumo, 2002, p. 44.

XIX. Finalmente, un cuarto grupo evoca personajes y batallas de la guerra de la Independencia.

Fiel a los principios del catalanismo decimonónico, de corte romántico y cultural, Balaguer quiso fundar la identidad de la nueva Barcelona sobre el relato de un antiguo pasado épico. Pero para no caer en una interpretación anacrónica del nomenclátor balagueriano, es oportuno apuntar los postulados políticos de su autor, encuadrados en el federalismo liberal de notable implantación en Catalunya. Balaguer consideraba a Catalunya como su “patria”, pero se trataba de una patria engarzada y comprometida en el proyecto conjunto español. Víctor Balaguer luchó por un estado español moderno y liberal y consideró siempre que Catalunya debía ser un motor principal de este proyecto.

El pasado medieval catalán no le interesó únicamente por el apogeo político, económico y cultural que traslucía, sino también porque entonces “el espíritu catalán era eminente y esencialmente liberal, y este espíritu se nota así en todas las instituciones de la edad de oro de Catalunya”<sup>42</sup>. Balaguer consideraba el régimen político medieval (con sus cortes y fueros) como un sistema constitucional basado en el pacto, que preconizaba la monarquía parlamentaria liberal. Según esta interpretación histórica, los levantamientos catalanes frente a Castilla durante la época moderna fueron combates por la libertad frente a la amenaza absolutista. En este sentido, “la historia de Catalunya es también, no hay que dudarlo, la historia de la libertad en España”<sup>43</sup>. Por todo ello, Balaguer celebra especialmente el desarrollo de la Guerra de la Independencia: “por primera vez, entonces, Catalunya hizo causa común con el resto de España” por la causa de la libertad.<sup>44</sup>

Su peculiar lectura de la historia de Catalunya (como historia de una lucha por la libertad) y el ambiente cultural catalán del momento, que redescubría y recuperaba el valor de la historia, la lengua y la tradición catalanas, explica el relato histórico con que Balaguer delineó el mapa de la nueva Barcelona.

La tipología de nombres aprobados durante el periodo liberal en la Ciudad Condal difiere sensiblemente del esquema de memoria que reflejan los nombres aprobados durante esta época en Madrid y que han pervivido hasta el día de hoy.

El nomenclátor liberal en Madrid tiene una forma netamente personalista. Un 74% de los nombres se refieren a personajes históricos. El porcentaje sólo es de un 49% en Barcelona, que dedicó una gran atención a la geografía. Por otro lado el discurso toponímico seguido en Madrid presenta un tono mucho más político que el barcelonés.<sup>45</sup> Las vías madrileñas eran, en buena medida, tribunas en las que se celebraban los líderes políticos del liberalismo español. En las calles, la lucha cainita entre moderados y exaltados, entre liberales conservadores y liberales progresistas, no quedó plasmada. Los personajes más importantes de ambas tendencias recibieron su espacio en el panteón de la memoria urbana. No quedó, en cambio, ningún hueco para los carlistas, ni en Barcelona

---

<sup>42</sup> Víctor BALAGUER, *Las calles de Barcelona. Origen de sus nombres. Sus recuerdos, sus tradiciones y leyendas*, Barcelona, 1886, p. 248.

<sup>43</sup> V. Balaguer citado en S. MICHONNEAU, *Barcelona: memòria i identitat...*, op. cit., p. 48.

<sup>44</sup> BALAGUER, Víctor, *Las calles de Barcelona...*, op. cit., p. 16.

<sup>45</sup> Un 34% de los personajes históricos son políticos en Madrid, mientras sólo un 13% lo son en Barcelona.

ni en Madrid. El estrato liberal en el nomenclátor madrileño sorprende también por la alta densidad de militares y por la escasa presencia de eclesiásticos.

El molde toponímico que acabamos de describir en la capital de España se adecua bastante bien a la coyuntura histórica del momento, al carácter capitalino de Madrid y al paradigma político liberal imperante. Queda patente el alto grado de politización de la esfera pública. Los nombres de las calles reflejan unos tiempos políticos marcados por la batuta de los militares y arengados por una clase intelectual estrechamente imbricada en los acontecimientos sociopolíticos de su tiempo. La tendencia laicista de la época queda reflejada en la escasa presencia de eclesiásticos.

La comparación entre la profundidad temporal del estrato liberal de las dos ciudades es también reveladora. En Barcelona, las calles de este periodo que remiten a la época contemporánea no llegan a un tercio (35%). En Madrid, las referencias a la época reciente ascienden a un 72%. Queda claro que el discurso memorístico-identitario de esta época en Madrid es más presentista y está más vinculado a la construcción política contemporánea (modelo nacional francés), mientras que el de Barcelona tiene un talante más cultural, historicista y romántico (modelo nacional alemán).

### **c) El período democrático reciente (1977-2008)**

El año 1979 se celebraron las primeras elecciones municipales tras la recuperación de la democracia. El Partido Socialista se impuso claramente en Barcelona. En Madrid, la alianza entre socialistas y comunistas ofreció también la alcaldía a la izquierda. Según la ley de Régimen Local, la competencia del nomenclátor urbano correspondía a cada ayuntamiento. Tanto el consistorio de Barcelona como el de Madrid crearon comisiones para revisar la onomástica ciudadana. En Madrid, el debate fue intenso. A principios de 1980, el Ayuntamiento decidió reponer el “nombre tradicional” a 26 calles que habían sido modificadas durante la posguerra y ensalzaban a personajes del Alzamiento.<sup>46</sup> En 1981, el Pleno aprobó una normativa en la que se limitó a recordar la libertad y discrecionalidad del ayuntamiento en su política onomástica y a asumir que las Juntas de Distrito podían proponer cambios de nombre<sup>47</sup>. Así pues, se devolvió a algunas calles su nombre pre-franquista y se suprimieron las denominaciones puramente azules, persistiendo otras menos tintadas. La remodelación fue más a fondo en Barcelona. Además, el primer consistorio democrático barcelonés decidió cambiar el idioma de todo el nomenclátor ciudadano. Ya en 1980 se publicó el nuevo *Nomenclátor*, donde constaba el cambio nominal de unas 60 calles y se reproducía la renovada nomenclatura en catalán.

En la Ciudad Condal, los nombres impuestos durante la democracia suponen el 21% del las calles principales. En Madrid, su relevancia es bastante menor y sólo ocupan el 12% del mapa de memoria urbana. La estructura formal del estrato es similar en las dos

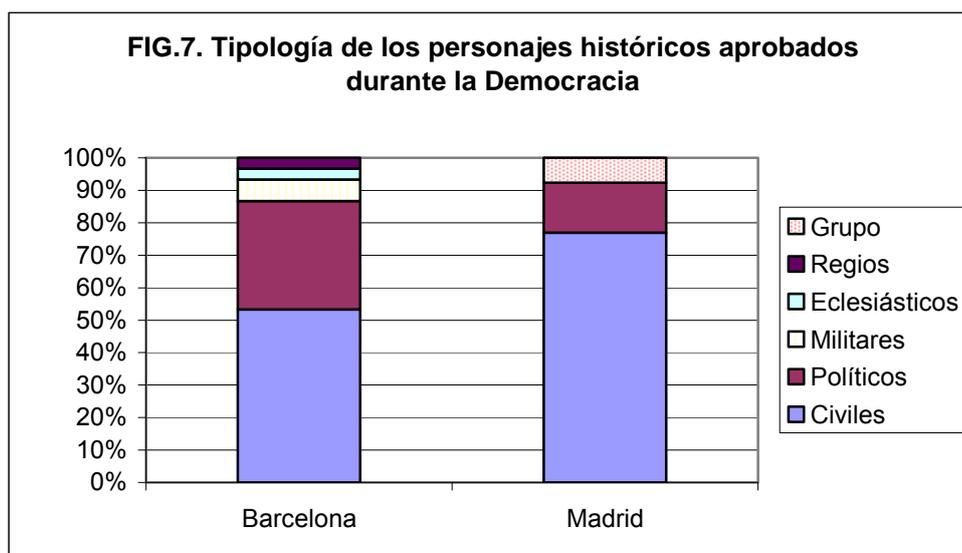
---

<sup>46</sup> Cfr. Actas de la Sesión Ordinaria, 25/01/1980. El Concejal socialista Moral Sandoval, responsable de Cultura -y por tanto, del nomenclátor- defendió la medida argumentado que recuperaba “nombres antiguos” y que se adaptaba al “espíritu de declaraciones en torno a la concordancia entre los españoles que han hecho (...) las más altas magistraturas del Estado y del Gobierno, y que se han plasmado, de una manera fehaciente, en la cláusula derogatoria de nuestra Constitución”.

<sup>47</sup> Normativa reproducida enteramente en Luis Miguel APARISI LAPORTA, *Toponimia Madrileña...*, op. cit., vol II, p. 44.

ciudades. Tanto en una como en otra, los personajes históricos forman la categoría más habitual. En Barcelona, su primacía es abrumadora. Tras la decantación franquista por la geografía política, los nuevos responsables del discurso memorístico-identitario han tendido a rehuir las denominaciones geopolíticas. En cambio, han intensificado la presencia de los accidentes geográficos, elementos naturales y referencias espaciales.

Si la estructura formal de la memoria democrática es similar, no lo es tanto la tipología de personajes históricos conmemorados [FIG.7]. Madrid elude casi por completo la memoria política en sus calles arteriales<sup>48</sup>, mientras que Barcelona le dedica una alta atención. La capital catalana rinde tributo en sus calles a destacados líderes republicanos catalanes, así como a dirigentes del primer catalanismo y artífices de la transición política. No cabe duda de que la memoria política promovida por el ayuntamiento de Barcelona es netamente catalanista. De algún modo, la memoria democrática retoma el discurso del siglo XIX, centrado en Catalunya. Pero si la propuesta onomástica de Víctor Balaguer se centraba en las glorias políticas y culturales antiguas –de la época moderna y medieval-, el nuevo relato de memoria gira entorno a la Época Contemporánea. En este sentido, se asemeja más al discurso del periodo liberal en Madrid, articulado sobre las élites políticas y culturales artífices de la construcción nacional (en este caso, empero, la nacionalidad subyacente es Catalunya).



Madrid, por su parte, prefiere abandonar la disputa política y –si bien celebra en sus vías principales a algunos políticos republicanos como Azaña- se decanta por los personajes civiles. En concreto, resalta a los escritores, los arquitectos-urbanistas y los empresarios filántropos. Se encuentran desaparecidos las figuras religiosas. En Barcelona, la imposición de nombres religiosos es también muy discreta. Este tono laicista de ambos nomenclátors queda ejemplificado en el acuerdo municipal del Ayuntamiento de Madrid en 1981, donde no se cita la religión como motivo de recuerdo ciudadano: “Los nombres

<sup>48</sup> En la década de los 90, el Ayuntamiento madrileño siguió una política de conmemoración abierta, que incluyó a líderes históricos de la izquierda y la derecha. Sin embargo, pocos de estos nombres han sido incorporados a las calles principales.

que se utilicen en tales denominaciones pueden preceder del campo de las artes, letras, ciencias, tradición, etc.”<sup>49</sup>

Barcelona no olvida, sin embargo, a los personajes históricos civiles, que siguen conservando la mayoría de las nominaciones. También aquí, como en Madrid, se encumbra a escritores, arquitectos y economistas, ampliando el grupo con la incorporación abundante de artistas. El ayuntamiento ha bautizado algunas de las zonas de nueva urbanización con los nombres de artistas y escritores catalanes contemporáneos. El catalanismo de la memoria democrática barcelonesa no es sólo político sino también cultural.

En las dos ciudades puede vislumbrarse una apertura a Europa y a la memoria europea. En cualquier caso, el discurso democrático de memoria ciudadana toma un perfil marcado e ideológicamente claro en Barcelona mientras tiene un relieve bajo y más bien neutro en las principales avenidas de Madrid.

## **9. CONCLUSIONES**

Los nombres de las calles principales de Barcelona y Madrid dibujan unos mapas identitarios con algunas diferencias notables. Las principales vías de Madrid hilvanan un tapiz de memoria más presentista, político y atlántico que en Barcelona. El nomenclátor de la Ciudad Condal es, en cambio, más historicista y mediterráneo. Los políticos que se conmemoran en las principales arterias de las dos ciudades son netamente distinguibles. En Madrid destacan los prohombres de la España liberal, mientras la memoria política barcelonesa orbita alrededor de los abanderados de la causa catalana en las guerras Modernas y alrededor de los dirigentes del catalanismo político del siglo XX. La memoria política de Madrid y Barcelona converge, en cambio, en el recuerdo monárquico.

A pesar de estas diferencias, los nomenclátors de ambas ciudades presentan también algunas similitudes destacables. Primeramente, una significativa semejanza formal. Los dos nomenclátors se inscriben en el sistema simbólico-funcional y se fundamentan sobre el recuerdo histórico. En ambos casos, los personajes históricos constituyen el eje del discurso onomástico, encuadrado en habituales referencias geográficas. Los valores abstractos, las referencias formales y las instituciones, encuentran escaso acomodo. Entre las figuras históricas, sobresalen claramente los personajes históricos civiles, por encima de políticos, eclesiásticos y militares. El principal marco geográfico del recuerdo es España, tanto en Madrid como en Barcelona.

Los sujetos colectivos, el *nosotros*, que delinean las calles de Barcelona y Madrid son, respectivamente, “nosotros, los catalanes”, y “nosotros, los españoles”. Se trata, en el caso de Barcelona, de una catalanidad sustentada sobre dos pilares: las glorias antiguas (medievales y modernas) y la construcción nacional catalana durante el siglo XX. La españolidad que esbozan las principales calles madrileñas se encuadra en el proyecto

---

<sup>49</sup> Esta aseveración contrasta claramente con la disposición aprobada en 1900, donde la religión ocupaba el primer lugar: “La denominación de las calles con nombres propios se habrá de fundar en la notoriedad de los ciudadanos (...) por sus servicios a la Patria en religión, ciencias, artes, milicia, industria, comercio, etc.; o por actos singulares en pro del Municipio”. Luis Miguel APARISI LAPORTA, *Toponimia madrileña...*, op. cit., vol. II, p. 45.

nacional español, fundamentalmente contemporáneo y liberal, aunque amarrado también en la época Moderna. Por otro lado, el discurso onomástico de Barcelona incluye también, en un segundo nivel, la narrativa histórica e identitaria española. Muchas de las calles secundarias de la Ciudad Condal (que no han entrado en este estudio) reproducen una parte muy importante de los nombres que se encuentran en el mapa madrileño. La complejidad multidiscursiva de los tapices de memoria de ambas ciudades se explica, en buena medida, por el proceso histórico y por las cambiantes situaciones políticas en que se han gestado.

En este artículo no pretendía ofrecer una interpretación completa y definitiva de los nombres de las calles de Barcelona y Madrid, sino más bien sugerir un marco teórico para el estudio de los nombres de las calles en España y proponer una primera aproximación a los mapas urbanos de las dos ciudades principales. Pienso que el análisis de los nomenclátors puede contribuir a una mejor comprensión de los marcos simbólicos que articulan la vida de la comunidad. El estudio de los mapas urbanos desde una perspectiva ideológica e histórica nos puede ayudar a conocer mejor las políticas de memoria de los últimos decenios y, en el fondo, los distintos paradigmas políticos que han jalonado el espacio público en la historia contemporánea de España.